

# El infortunio de Fortunato

Rodrigo Pérez

Ingeniero-Matemático, Escritor independiente. Escribió una novela publicada en 1990, *Redada*, un libro de cuentos editado en 2018 por Eafit, *Señales de paso* y varios ensayos sobre historia política de Colombia, además de reseñas para el *Boletín Cultural y Bibliográfico de Banco de la República*, luzagosto2003@yahoo.com.

## ¿Quién está desnudo y quién está vestido?

disolución y brutalidades de aquellos gentiles, con la ignorancia que realmente tienen de que están desnudos?<sup>1</sup>

Son gentiles, cavila el jesuita, adoran ídolos, son paganos, ‘brutos y disolutos’, no son inocentes y, sin embargo, ¡ignoran que están desnudos! Si a Adán y Eva el pecado les abrió los ojos y vieron que estaban desnudos, ¿cómo es que a éstos, que no son inocentes, ‘hijos del diablo’, su pecado no les ha abierto los ojos, cómo no ven que están desnudos? Pues el caso es que no les importa estar así, dice Gumilla, no sienten pudor ni vergüenza. He aquí la cosa pasmosa que sacudió al cura y que nos timbra a nosotros:

La primera noticia que los indios tienen de que los hombres se visten, es cuando un misionero entra la primera vez en sus tierras, acompañado de algunos indios ya cristianos y vestidos. Entonces, toda la chusma de hijos y mujeres, atónitos de ver gente vestida, huyen a los bosques, dando gritos y alaridos, hasta que después los van trayendo y poco a poco van perdiendo el miedo; no les causará rubor su desnudez total, como si estuvieran desnudos de todo rubor y empacho [turbación], tal es el desembarazo con que pasan, entran, salen y traban conversaciones, sin el menor indicio de vergüenza.

Los padres, más adelante, les traen telas a los indios, pero sobre todo a las indias, “para alguna decencia”, para que se cubran, “pero en vano, porque las arrojan al río o las esconden por no taparse”. Cuando los padres insisten para que se cubran, las indias y los indios a una sola voz exclaman:

“¡DURRABA OJADUCA!”, o sea: *¡No nos tapamos porque nos da vergüenza! Es este vuelco del sentido del pudor, en los indios, como poniendo el guante al revés, lo que pasma a los padres y nos alerta a nosotros.*

¡Y veis aquí otra especie inaudita! -dice Gumilla-. Conocen la vergüenza y rubor, *Durraba ojaduca*, pero mudada la significación de las voces, porque al vestirse sienten rubor, y están sosegadas y contentas con su acostumbrada desnudez: ¡Hasta aquí puede llegar la fuerza de la costumbre!

*Durraba Ojaduca, No nos vestimos porque nos da vergüenza:* con este grito de indios e indias al clamor de los cristianos para que se vistan, de manera espontánea, no solo estaban rechazando estos vestidos, sino de lo que estaban aquellos hombres vestidos, sus mistificaciones, su aversión a la tierra, sus doctrinas sangrientas; fue esto lo que los indios presintieron con horror y vergüenza y rechazaron con ímpetu, por lo menos durante un tiempo, no muy largo, pues acaso ya decaían como sociedad y se rindieron al destino, entre la fuga, la muerte o la servidumbre.

Ahora bien, ¿es que iban realmente desnudos los indios? El padre Gumilla relata que a la catequesis donde les enseña el catecismo a indios que aún no están vestidos con ropas de cristiano faltan algunos, va “el fiscal” a buscarlos y vuelve luego diciendo al padre que aquellos no pueden venir porque están desnudos. “Pero, ¿y éstos que están ahora aquí en la catequesis, no están desnudos también?” “Sí, padre, responde el fiscal, pero están untados, lo que para ellos equivale a estar bien vestidos.” (¡!).

Los indios se untan, es decir se pintan sus tatuajes varias veces al día, las mujeres untan a los hombres y a los niños, y se untan entre sí muy prolijamente, y no salen de las cabañas si no están untados. De manera que hay por lo menos tres estados una vez llegados los misioneros: la desnudez total del cuerpo, el cuerpo descubierto (salvo un taparrabo) pero tatuado, y el cuerpo cubierto con ropas de cristiano. Los indios dentro de sus cabañas, en su intimidad entre los demás indios e indias de su mismo clan o fratría, suelen estar desnudos, duermen desnudos, sin vestido alguno y sin tatuajes. Los padres misioneros, en cambio, no resisten la desnudez ni para dormir, se cubren las “vergüenzas”, que son para ellos las partes íntimas del cuerpo, y se cubren también el resto del cuerpo. Los indios, que llevan el pene cubierto con un taparrabo por comodidad, se pintan un tatuaje

sobre el cuerpo desnudo y así quedan “bien vestidos”, ya no sienten rubor ni vergüenza al salir de la cabaña.

El cura Gumilla, que ve desnudos a los indios aunque estén pintados, tatuados, no apela al instinto de estos —en un medio ambiente cerca a los treinta grados centígrados— para explicar su ‘desnudez’, que le parece irracional, sino a “la fuerza de la costumbre” Los padres, incisivos, tercos, insisten a través de las catequesis, la enseñanza del catecismo, la religión cristiana, y van convenciendo a los indios para que se vistan, a medida que los *desvisten* de su cultura e *inhiben* sus instintos, los *invisten* con los dogmas cristianos hasta darse cuenta de que están en pecado y se hallan desnudos; les inoculan otra forma de vergüenza, distinta al pudor natural que tienen los indios, y hacen que se vistan. Ocurrirá entonces esta inversión que, para molestia de los padres, pone las cosas en orden según la razón cristiana:

Pero esta repugnancia a vestirse, en breve tiempo pasa a ser gran molestia para los padres; porque al paso que van oyendo y percibiendo los misterios de nuestra santa fe, se les van aclarando los ojos interiores: caen en la cuenta de su desnudez, reciben todo cuanto lienzo el misionero les pueda dar, y porfían por más, y más, con mucha molestia, así hombres como mujeres...

## Texto-tejido-tatuaje

El cuerpo escribe o talla y sobre el cuerpo se escribe o se talla. ¿Acaso la escritura, texto-tejido-textura, como el tatuaje para los betoyes, es justamente la manera que encuentra cierta persona de *vestir su desnudez*? Ya que el escritor es un Nadie, *Personne*, Máscara, literalmente, ‘que habla a través de’, o sea un agente colectivo de enunciación, una persona sin investiduras, sin atributos, ni siquiera ‘escritor’, escribir le sirve para sentir que existe en relación, que es algo, alguien, y teniendo en cuenta que no escribimos según como somos, sino que somos según como escribimos, el texto resulta ser una manera de *tejerse*, de fabricarse a sí mismo, texto-textura. Así las cosas, la escritura comporta una función análoga al tatuaje entre los indios, una manera, provisoria y frágil, de constituir un cuerpo en relación, ya no desnudo; hacerse a una casa, a un territorio, a una subjetividad. Inscrito en el cuerpo, el curador herido, el tejedor tejido: el cuerpo escribe y sobre el cuerpo se escribe...

<sup>1</sup> José Gumilla, *El Orinoco ilustrado*, (Madrid, 1745).

## El insólito caso de Fortunato

<sup>2</sup> Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra*, (Madrid: Espasa-Calpe, 1975).

Volvamos con el padre José Gumilla. Para disuadir a los betoyes de que el sol no es Dios, tal como ellos creían —y tal como creía el pintor Joseph Mallord William Turner cuyas últimas palabras fueron *The Sun is God*—, sino una bola de fuego que Dios hizo para alumbrarnos, el astuto Gumilla se las ingenia para usar una lupa en el brazo de un bravo capitán indio hasta sacarle ampolla y hacerle decir junto con los demás indios, pasmados, que quisieron sufrir la misma prueba del fuego: *¡El sol no es Dios, el sol es fuego!*

Este caso, y el caso de “un gentil betoy[e] llamado Cagiali” que traemos a cuento enseguida, muestra a las claras de dónde vienen las luces de cierta ilustración cristiana, que no es por cierto la luz del Cristo que no juzgaba, el que defendió a María Magdalena de ser lapidada, que por prostituta, y que, en arameo, escribió con el dedo en el suelo de tierra y polvo: “El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra”. Este caso de Cagiali, decimos, muestra cuál es el suelo de la susodicha razón cristiana que vino a América, si no precisamente una suerte de metafísica de verdugos, justa comparsa para la física de verdugos o segundo polo de la tenaza aplicado por Colón, Quesada y sus esbirros en la América hispana con la cruzada o alianza de la cruz y la espada. Escribe Gumilla:

Insistí en una de las pláticas, que el que no creyese la doctrina que yo, de parte de Dios, les enseñaba, le llevarían a ser quemado perpetuamente en la casa del fuego, donde viven los demonios. Vino después el Cagiali a informarse más despacio de la materia. Se la expliqué de varias maneras y con símiles materiales (que son los que más sirven para su rudeza), y cuando se hizo cargo de esta tan importante verdad, se alteró todo, se le encendió el rostro, soltó las lágrimas y con voz lamentable, dijo: ¡Ay, padre mío! ¿Cómo ha hecho Dios esto? ¿Con que mis mayores se han perdido, y están ardiendo, porque Dios no les envió padres para que les enseñaran? Confieso que me enternecí y que me costó mucho consolar al Cagiali, y mucha dificultad el que percibiese que la causa de la perdición de sus mayores no estuvo en Dios, sino en los pecados de aquellos gentiles [los antiguos indios], por lo cual se hicieron indignos de que su Majestad [el rey] les

enviase predicadores. Este Cagiali fue un gran indio, sirvió mucho para aquella fundación [la Misión], y cuando le bauticé, que fue in articulo mortis, le llamé Fortunato, porque logró la fortuna que lloraba perdida en sus mayores.

¡¡Fortunato!! Cruel ironía del padre Gumilla que le hace a uno evocar al aforista polaco Lec, “Lástima que el viaje al paraíso sea en ataúd”.

## Epílogo

El cuerpo antes tatuado del indio se volvió un cuerpo sobre el que se escribiría en la espalda una sentencia de la justicia, sin previa defensa, sin previo juicio, sin previa condena. Fue la suerte del betoye Cagiali en todos sus ascendientes, condenados sin oportunidad de defenderse, de conocer los términos de su acusación y de su condena, y es la suerte negra del condenado en el relato de Kafka *En la colonia penitenciaria*, donde una especie de gran máquina de escribir con garras-teclas le graba en la espalda al supliciado el texto de la sentencia, texto de la sentencia que el condenado descifra, penosa y lentamente, mientras se desangra: “Honra a tus superiores”. A los indios los *desvistieron* de su cultura y los invistieron con los valores de Occidente. La justicia cristiana traída por los misioneros a la América equinoccial puso en juego esta máquina, ya que el diablo son los otros, los distintos radicales, y deben ser como nosotros, “honra a tus superiores”, y si se resisten a la catequesis..., *El derecho de guerra* titula el libro de Francisco de Vitoria, consejero de la Corona española, teólogo, jurista y profesor en la Universidad de Salamanca, donde explica sus razones de las “guerras justas”. Veamos lo que dice, y sorprendámonos con lo que dice (cursivas agregadas):

asistía a los peninsulares la facultad para predicar el evangelio a los naturales del mundo americano y derecho de acudir a la *legítima defensa* si los indígenas, como lo hicieran en repetidas ocasiones, se negaban a respetar tales *derechos naturales* que se ejercían, principalmente el de la predicación, para utilidad de los mismos indígenas.<sup>2</sup>



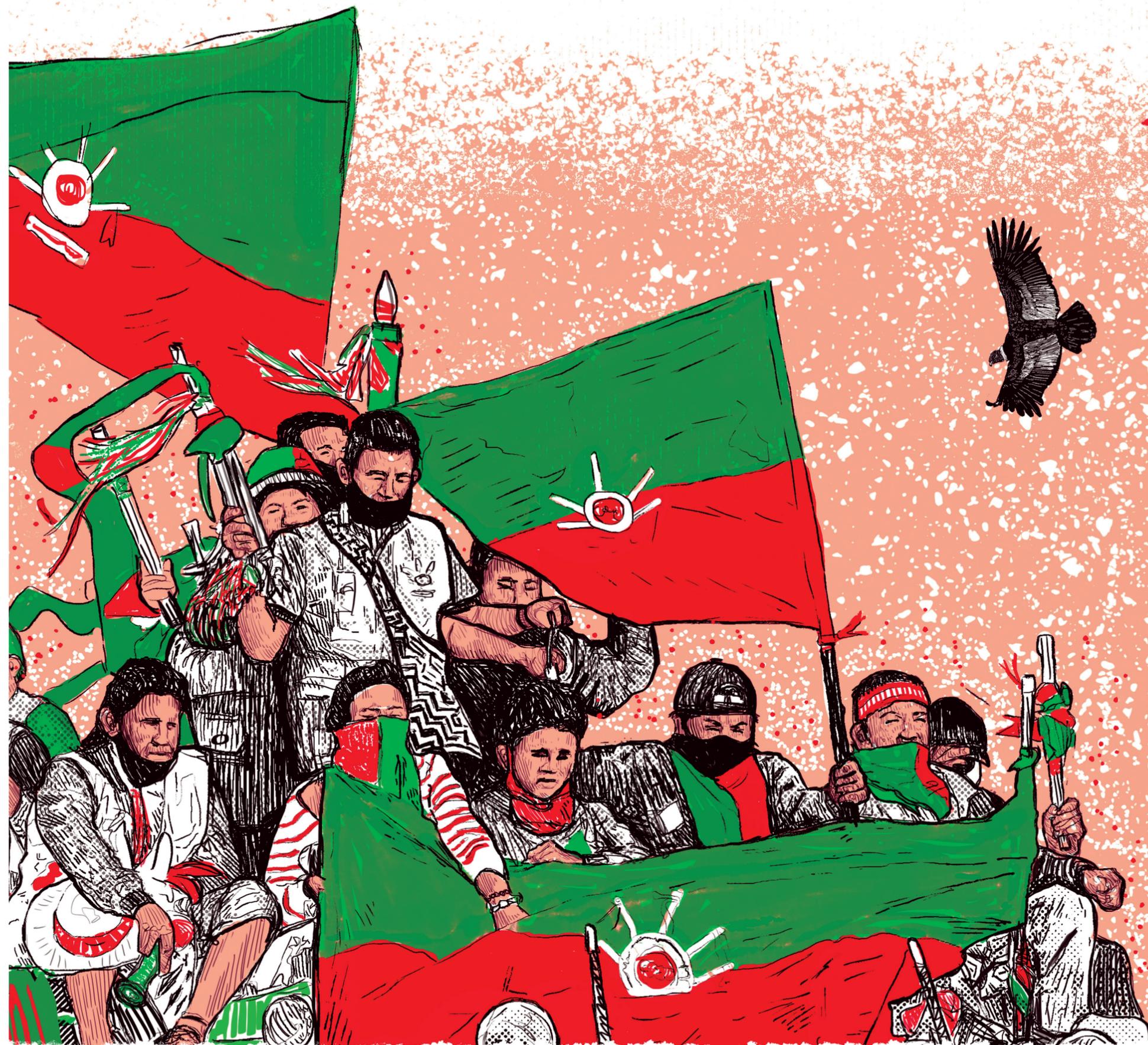
GUARDIA INDIGENA. GRAN EJEMPLO DE DIGNIDAD. DEFENSORA DE LA VIDA Y DE LOS PUEBLOS

@ xilotropico\_

Esta misma cultura de Occidente venida al equinoccio americano, mientras catequizaba de esta manera aviesa y cínica a los salvajes, marcaba a los escritores con las reglas de gramática y del buen decir, y estos las interiorizarían a tal punto que, al final de la jornada, una vez de vuelta a casa, no se quitaban el uniforme con el que trabajaban en la oficina: permanecían con el uniforme puesto para perseverar en la corrección, los buenos modales, el justo y buen decir. Sus uniformes de trabajo que habían sido tejidos concienzudamente con hilos invisibles por los embaucadores del reino a órdenes del emperador, solo visibles a los fieles..., y no al niño que al verlos pasar en la procesión pega el grito, *¡pero si van desnudos!* Escena a la que asistimos atónitos en el cuento de Hans Christian Andersen, “El traje nuevo del emperador”.

*¡Durraba ojaduca!, ¡No nos vestimos porque nos da vergüenza!,* este es nuestro grito de neoprimitivos, desertores y conspiradores contra el viejo emperador vestido con el traje de hilos invisibles hecho por los embaucadores del reino y solo visible a los fieles. *Durraba ojaduca,* no nos vestimos porque nos da vergüenza, nos investimos con una escritura líquida y gaseosa. ■

@ xilotropico\_



**SOMOS MINGA**

**GUARDIA INDIGENA, GRAN EJEMPLO DE DIGNIDAD**